

¡Qué importa la desigualdad!

Por: Tomás Rosada

Opinión

Concluyendo la discusión de la semana pasada, quisiera continuar comentando el artículo sobre los determinantes de la desigualdad en América Latina, escrito por Humberto López y Guillermo Perry.

Siempre en la segunda sección que describe la situación en América Latina en términos de desigualdad, los autores conjugan este fenómeno con movilidad social. Y la tesis postulada es interesante porque plantea cómo la desigualdad puede significar diferencias en oportunidades, pero a la vez premios a distintos niveles de esfuerzo y riesgo tomado por los distintos miembros de la sociedad.

Por lo tanto, desigualdad de ingresos combinada con equidad de oportunidades puede ser positiva para el crecimiento. Sin embargo, desigualdad sin movilidad social puede resultar en una desmotivación al esfuerzo, puesto que nunca sería posible que una persona en situación de precariedad llegara a mejorar sus condiciones de vida.

Lo interesante de combinar ambos conceptos (desigualdad y movilidad social) es que se reconoce la dimensión dinámica de la desigualdad. Es decir, va un paso más allá de la fotografía estática que las mediciones estándar como el coeficiente de Gini y la curva de Lorenz ofrecen.

El artículo sugiere que altos niveles de desigualdad tienden a estar asociados con bajos niveles de movilidad social. Y para el caso latinoamericano países como Guatemala, Brasil y Ecuador presentan baja movilidad social, mientras que Chile, Argentina, Uruguay, Perú y México sugieren una movilidad relativamente mayor.

En la tercera sección se presentan dos posibles explicaciones para tratar de comprender la persistencia del fenómeno en América Latina. Por una parte está el argumento de los procesos históricos, la dotación inicial de recursos naturales (riqueza natural) de los países, y un consecuente marco institucional “buscador de rentas” impulsado por los colonizadores, como determinantes de una posterior y persistente estructura social desigual y excluyente.

Muestra evidencia de cómo desigualdad en el acceso a activos (tierra uno de ellos) y un limitado acceso a la educación y al poder político fueron características de territorios con mucha riqueza natural y alta densidad de población indígena. Además, recuerda cómo todavía hoy en día son las diferencias (desigualdades) en educación el “predicador más importante” de las diferencias (desigualdades) en ingreso entre los hogares en América Latina.

Esto sin entrar todavía a considerar que hay diferencias en los beneficios de educarse que perciben los estratos más altos de la sociedad que los que perciben los estratos más bajos, fundamentalmente debido a factores como calidad de la educación recibida,

disponibilidad de infraestructura educativa y acceso a otros activos complementarios a la educación.

El otro argumento que ofrecen los autores para explicar la persistente desigualdad en la región tiene que ver con política fiscal.

A pesar de que desigualdades en acceso y calidad en educación juegan un papel fundamental en la reproducción de la desigualdad del ingreso, también hay otros factores (activos complementarios) que se deben tener en cuenta porque también contribuyen a la desigualdad. Sin embargo, a partir de un sistema de impuestos y transferencias es posible cerrar estas brechas socialmente indeseables.

Así, al comparar niveles de concentración de los “ingresos de mercado” (antes de impuestos y transferencias del Estado) entre Europa y América Latina las diferencias no son tan grandes.

El cambio se da cuando se comparan los “ingresos disponibles” (después de impuestos y transferencias del Estado). Lo interesante es la visión integral en el abordaje de la política fiscal, que no solamente supone un sistema de impuestos, sino también de transferencias hacia la población. Es de la combinación de ambos elementos que se produce el máximo efecto de redistribución en el ingreso disponible de los hogares.

Finalmente el artículo ofrece tres razones por las cuales puede ser importante la reducción de la desigualdad en la región. En primer lugar, plantea la relación entre niveles de desigualdad y niveles de criminalidad y violencia. La evidencia cuantitativa sugiere una correlación positiva: a mayor desigualdad mayor criminalidad.

En segundo lugar aparece la relación pobreza, desigualdad y crecimiento. En este punto, los autores no son capaces de encontrar una relación directa entre desigualdad y crecimiento, sino más bien sugieren que el efecto puede ser indirecto, por la vía de la pobreza. Es decir, a mayor desigualdad, mayor pobreza, y menor crecimiento económico.

Y en tercer lugar, otro efecto (indirecto) de la desigualdad sobre el crecimiento se da a través de la “volatilidad” de la producción. Entendiendo volatilidad como una medida del “riesgo”, lo cual disuade a la inversión y reduce el crecimiento sostenible y de largo plazo.

En todo caso, y aún con las limitaciones propias de la medición de este fenómeno tan complejo, así como de evidencia “no concluyente” en cuanto a algunos de sus posibles efectos, es claro que la desigualdad es uno de los temas que debemos discutir en Guatemala, para comprendernos mejor, y para plantear salidas a nuestro atraso.